

PAYASO LITERARIO

DIALOGOS DEL PAYASO

Prudencia Ayala.

PROLOGO

ESTE libro lo dedico al público en general, para que recuerden a la hormiga intelectual salvadoreña.

Escribo mis ideas por amor al bien general.

«PAYASO LITERARIO», es un genio. Que no lo diga yo, que lo diga Pedro, o Juan de los que pertenecen a los beneméritos intelectuales en la ciencia de pensar, para bautizar y confirmar a este hijo nacional que ocupa la atención de admirarlo por lo variable del sentido en la idea que vuela.

Del círculo intelectual sale el «PAYASO LITERARIO», al escenario de reuniones. Toma parte en cofradías y festines y se transforma admirablemente.

En muchas formas se presenta con presteza en las comedias. Los escritores aventajados en conocimientos de literatura, pueden describirlo perfectamente en su figura, ya que a mí me falta material para desarrollar la idea de interés de este genio que en la última excepción de la palabra, puede nombrár-

sele para mejor entender «ARLEQUÍN LITERARIO». Es apreciado por hombres poderosos y público en general por gracioso en sus ocurrencias con que agrada a unos y desagrada a otros. «PAYASO LITERARIO», divierte de lo lindo para su celebridad y lucro que es el busilis en sus empresas y es muy solicitado.

Escribo el prólogo del PAYASO por no haberse prestado ningún camarada a escribir en favor de él, como lo hizo Ramiro Abril con «AMORES DE LOCA», en la primera página del Diario "La Nación"; que redactaba su hermano Mateo. Pues éstos, se encuentran ahora muy lejos, lejos de mí ¡ay Dios! ...Ellos de seguro se habrían prestado de buen grado a escribir este prólogo porque son muy amigos del diablo para atormentarme, ¡Uy uy!

La Autora.

PAYASO EN ESCENARIO

DIALOGOS DEL PAYASO

(DECLARACION DE AMOR)

¿Quiéreme Lucrecita, te amo desde que te cortastes el cabello?

¿Estás correspondido Arlequín, eres mi ilusión desde que te rasuraste el bigote?

Nosotros no reñimos contra esa moda que por higiene se volverá costumbre verdad, querfrico?

Estamos entendidos.

El próximo domingo nos casaremos por amor y por cordura de ideas que en ambos reune nuestras aspiraciones--Lucrecita.

Payaso soltó la carcajada ¡ja....ja....ja.....!
No se han fijado mis compañeros que ridiculizan a la mujer por haberse cortado el cabello, que nosotros nos rasuramos el bigote. ¡qué tiranía!....

Aquí cabe paleta en aquel adagio que dice: "Linces para ajenas faltas esas las vituamos, y linceos para las nuestras esas si perdouamos".

Eso dijo Payaso entre marido y mujer. Al oír al hombre que le decía a la señora.

Pepita ¿Quién te aconsejó te cortaras el cabello, te vas a masculinizar?

Cándido No seas tan cándido. ¿Qué no miras la viga que tienes encima? ¿Te has rasurado el bigote y jamás te he dicho que te vas a feminizar.

Payaso da que pensar en lo que dice. En tiempos remotos, el hombre y la mujer usaban el cabello largo, el hombre en la civilización dispuso cortárselo y se generalizó la costumbre por higiene y cómodo. Pero hoy que la mujer se lo corta, algunos compañeros están tristes porque creen que la mujer se masculinizará ¡ja... ja ...ja.....! ¿Qué niferías?

Payaso siempre ríe leyendo a Justo Martel, y dice: que Martel es un periodista humorista como pocos con su tijera literaria. Es acerbo en la crítica contra los versos de algunos poetas. Propina vapuleadas fenomenales que deja enfermos a los más alentados en el arte de versificar. Payaso aconseja a los poetas que no se resientan, y que a la crítica le canten como objeto de perfección que inspira, y que así preparen sus buenas trincheras contra la batería de Justo Martel que a veces es seguro en sus disparos. ¡Míren qué Payaso tan chustozo! --dijo la chique ría al ver que a la postre, todos los literatos en el salón de concurso bailaban el Kan Kan. Y Payaso atentamente le suplica a don Jus

to—¿Apláudame señor Martel, diga que soy gracioso, el más maravilloso en Centro-América. Pero, ¡Dios mío!... don Justo que no está para consolar aflijidos, le tiró a Payaso un bofetón de tal manera, que si Payaso no anda listo lo derriba.

Payaso dicimulando decía: un bofetón para mí es lo mismo que una caricia, porque de todo hay que saborear en la vida para mejor conocimiento de los hechos y cosas. Y no me equivoco al creer, que unos se reirán al verme y otros se sentirán aburridos al escucharme en serio, leyendo a don Santiago Argüello, poeta nicaragüense. Dice en el número 2,413 del Diario «El Salvadoreño».

Mi Feminismo

POR SANTIAGO ARGÜELLO

Ya que el tema ha tomado en estos días tinte de actualidad, digamos algo acerca de él. Es entendido, sí, que espigo ideas, sin ninguna aplicación concreta.

Y, ante todo, permitidme que os haga una declaración sincera: soy desafortadamente feminista; con afirmar lo cual, me confieso francamente parcial en favor de ellas. Toda mujer es ciudadana de mi reino efectivo. Para mí, no hay una que sea totalmente despre-

cial. Rubias y morenas, gordas y flacas, grandes y pequeñas, en todas encuentra mi acero algo de imán. Y es porque todas llevan consigo el común divisor de su feminidad. Y ya podréis deducir de tal antecedente la decisiva fuerza con que habré de defender lo femenino.

Y, precisamente por eso, por mi desaforado feminismo, rechazo, en cuanto a ellas, toda tendencia de masculinización. Para mí, hacer de la mujer un marimacho, es cosa tan abominable como trocar al hombre fuerte en un afeminado. Ambas son formas abortivas de la Naturaleza. Ambas se salen de la trayectoria de la Ley y de las corrientes de la evolución.

«De modo, pues, dirán muchos, y aún muchas, que la pobre mujer debe ser relegada al viejo gineceo, y sus funciones han de tenerla limitada a los actos de la procreación? ¿Ha de seguir siendo siempre el instrumento de placer, la máquina generadora?»

Yo no digo eso, ni eso se desprende tampoco del factor atractivo en que se funda mi especial feminismo. Entendámonos.

La gran fuerza progresiva del Cosmos, en virtud de la cual evolucionan las formas, las vidas y las almas, va marchando siempre de lo diverso a lo uno. Cada diversidad tiende a unificarse; y cada resultado de esa unificación, es parte de una diversidad más grande que, a su vez, va a fundirse en una unidad mayor. La unidad del hogar ha de

nacer de la fusión de los fragmentos humanos: un hombre y una mujer: dos polaridades que deben ser opuestas, como condición necesaria para que pueda producirse el rayo eléctrico de la atracción. De dos polos homogéneos, nada resulta. Dos hombres o dos mujeres no causan el hogar, sino que se le oponen. Por eso dije que desfemenizar a la mujer es contrariar la Ley. De hombres fuertes y mujeres sanas, nacen proles viriles, que son la semilla de todo progreso en las razas. Pero no se queda aquí la misión de la mujer. Hoy ya no es ella la castellana prisionera, cosa feudal, compañera del lebrél cazador, cuyos únicos menesteres habían de cumplirse en la vacija. ¡No! La mujer ya no es sólo la sierva de los deseos del señor. Ya no es su instrumento de placer sino su colaboradora en la enorme tarea de dar cuerpos aptos a la humanidad. Mas éste no es su solo fin. Aquí empieza su obra; y aquí empieza ella a comprender asimismo que no puede ni debe usurpar gestos, aptitudes ni funciones que competen al contrario sexo, ya que sus modalidades se hayan indicadas por su propia y especial complexión. El hombre engendra; élla concibe; y cada uno de ellos debe indispensablemente limitarse al engendro o a la concepción. La igualdad consistirá, pues, en el derecho de cumplir cada uno su tarea, dentro de su órbita sexual.

Pero la mujer "no es sólo procreadora", como no es tampoco el hombre. Después del

hijo corporal: deben hacer el hijo psíquico y al espiritual. Y esa segunda etapa es la que realmente enciende sobre la cabeza de la hembra ese suave círculo con que se dibuja en la luz de aureola de la maternidad. Al procrear fueron iguales padre y madre: iguales dentro de la desigualdad de sus funciones. Al educar y enderezar aptitudes, son también iguales, pero también diferenciándose cada uno a su particular funcionamiento. El padre es fuerza y la madre es dulzura; el padre riega de sudor el surco, para el pan; la madre distribuye y ordena; el padre es el músculo, y la madre es la gracia. Y esa complementación de dos tendencias produce la unidad benéfica del hogar perfecto.

La mujer, en su función educadora, puede y debe llegar hasta a los amplios cultivos de su propio yo. Sabe que no basta el simple instinto maternal que protege, sino que debe conocer, para enseñar; intensificar su poder visual interno, para llevar al hijo sin tropiezos, como ovillo de Ariadna, por los complicados laberintos de la Psiquis. Al cuerpo sano «debe infundir la mente sana». En su fábrica de hombre, dentro del vaso material, debe cuidar la luz del alma. Para ello ilustrará su propia mente, sujetará sus nervios, domará sus impulsos, tonificará su voluntad, utilizará su sensibilidad. ¿Habrán campo más vasto para el alma? ¿Encontrará mejor gimnasio para su desarrollo? ¿La imitación de sus fan-

ciones no es sino aparente? Ella está haciendo hogar; es decir, haciendo sociedad, esto es, haciendo humanidad.

El ansia de salir de ese tayer de dioses, en que se crean formas y se encausan espíritus, no es sino una desorbitación. Es un fantástico miraje, que tiene como base un peligroso anhelo de notoriedad. Y es sobre todo, falaz concepto de una falsa igualdad. La igualdad de dos obreros no ha de consistir en que el sastre le quite la pica al albañil, o el albañil al sastre la tijera, sino en la capacidad irrestricta en el ejercicio de sus sendas funciones. La igualdad de dos hermanos no será la de dar al débil las misiones del fuerte, sino en asignar a cada uno el cargo que en el hogar común se halla más en armonía con sus esenciales aptitudes. Del mismo modo, la mujer igual al hombre, no quiere decir la mujer con pantalones. Fumar, escupir por el colmillo, echar ternos, apurar licor fuerte sin ahogos, oír sin pestañear chascarrillos licenciosos, lejos de afirmar igualdad son indicativo de una desigualdad vejatoria, ya que impone en la mujer ejecuciones inapelables a la finura de su cuerpo y a su espíritu.

Sin entrar en las mil disquisiciones en que se enfrascan a menudo los tratadistas especiales, limítome, al adversar el falso feminismo de la desafeminización, al motivo meramente práctico en virtud del cual el órgano «debe adaptarse» a la función. El hígado no

puede hacer de estómago, ni de riñón el cerebro. Refiérome por supuesto, sólo a los funcionalismos antagónicos con la esencial posibilidad de la mujer. ¿La mujer enjendrando? Imposible. Se opone el sexo, aunque un «millón de miting» lo pidieran a gritos. ¿La mujer blandiendo masas de Hércules? También imposible: se opone la debilidad. El olmo no da peras, por eso: porque es olmo y no pera! Ahora bien, en todo cuanto se halla «cerde consigo misma debe encontrar las puertas francas. Y, cuando alguna de ellas haya trascendido del sexo, y, por el portentoso y raro desarrollo de no comunes cualidades, pueda ser un apóstol como Annie Besant, o una infusa iluminada como Mme Blavastki o una providencial heroína como Juana de Arco, o una mística como Santa Teresa, baya en buena hora a calzarse las alas apostólicas, las del sacrificio heroico o las del iluminismo; porque entonces, ya no será mujer, sino un alto espíritu sin sexo; porque entonces habrá ya penetrado en ese punto imperceptivo en que los seres todos se conectan en la única sublime misión de constituirse en directores de razas que confluyen en el gran cauce humano.

Mientras eso no sea, hay que conformar sus pasos en la vida con los declives del terreno en que se anda, dentro del círculo del deber inmediato, y no dejarse deslumbrar por el engañoso, igualmente tentador, de un más amplio deber. Si el simp' marinero d'ja el remo, so pretexto de un servicio más alto en el timón'

hará escollar la nave, por dos causas: porque dejó el remo y porque empuñó el timón.

Y perdonenme las bellas que, por desgracia, puedan ver en mis palabras algún concepto que alcance a lastimarlas. Mi deseo es, muy por el contrario, el de defender sus derechos y el de mantener su igualdad en favor suyo. Libreme Dios de una premeditada ofensa para sus majestades. De tal manera me postro y en tal forma venero sus realezas, que, ante ellas, me siento capaz hasta de servilizarme. Y, por eso, les digo con un fervor sincero: si hay algo en lo que he dicho que se pueda considerar opuesto a mi fé en ellas, téngase por un escrito. Y, si labios de rosa me exigen retratarme, me retrato. Y, si aún a pesar de ello, los hechiceros ojos persisten en mirarme con ira, sólo me restaría suplicarles, con toda mi humildad madrigalescamente:

«Ya que así me miráis, miradme al menos».

(Los escritores que les viene el guante que ocurrentes.)

Payaso se pone más serio al ver al poeta en vacío confundido al oír la réplica de la autora, que literalmente dice:

¡A la Polémica camaradas!

El artículo del señor Argüello, es un error Sin fundamento dice:».....,en cuanto a ellas, toda tendencia de masculinización, Para mí, es hacer de la mujer un marimacho.....(1)

Señor Argüello: produce la naturaleza cierta clase de seres, que, bien sentado el nombre de marimacho a esos seres que nacen con dos sexos unidos en una sola forma. Y esté fenómeno si es un aborto de la naturaleza por lo extravagante la degeneración orgánica del cuerpo animal, como extravagante la degeneración del hombre por los vicios.

Dice usted: «Es cosa tan abominable como trocar al hombre fuerte en un afeminado». Y quién es ese que quiere trocar al hombre fuerte en afeminado señor Argüello? ¿No salga por la tangente don Santiago? Piense, que contra la evolución no hay barrera que detenga la corriente. Ni el hombre ni la mujer se oponen contra las leyes naturales que los ha criado por la potencia animal bajo la voluntad de Dios.

Las leyes de la naturaleza son unas, y las leyes individuales son otras muy distintas a las primeras. La mujer no trata de usurparle

(1) La palabra «marimacho» en su verdadera significación debe escribirse en en el diccionario, así: Dos sexos en un sólo macho: dos sexos en una sola forma: hombre con dos sexos.

al hombre el derecho de sus facultades, ni en las leyes naturales, ni en las leyes individuales. Es el hombre el que usurpa el derecho de la mujer en las leyes individuales, negándole el sufragio por egoísmo.

¿Por qué el hombre se opone al reconocimiento de igualdad en el derecho de la mujer en las leyes individuales? La condición de la mujer avanza en el esfuerzo de alcanzar su mejoramiento individual en una política social. Y eso no evita el cumplimiento de sus obligaciones en todas las funciones que desempeña como madre, como hermana, como esposa, como hija y como nacionalista; no altera el orden común de la sociedad entre el hombre y la mujer. Y sí, el reconocimiento individual, de ambos sexos amplifica el poder, la fuerza, la soberanía de la nación. La mujer no pide que se establezcan leyes contra la naturaleza creadora y positiva del hombre; ni pide que el hombre se case con otro hombre, y la mujer con otra mujer; eso sería realmente un absurdo contrariar las leyes naturales de la procreación, se entiende. La mujer pide el sufragio que por derecho le corresponde, la individualidad en las leyes instituidas por el hombre, leyes que, están muy distantes con las leyes naturales del organismo animal.

Las facultades naturales nacieron con el hombre, y en el hombre está comprendida la mujer; y las facultades y derechos individuales del hombre, son leyes que el hombre fundó para distinguir su superioridad por el uso de ra-

zón contra la inferioridad de los seres irracionales.

Señor Argüello: es verdad que un médico no puede defender en los tribunales al reo, ni un abogado puede recetar al enfermo porque cada individuo está en el deber de estudiar una ciencia u oficio, según su vocación para ser útil a la humanidad y ganarse la vida; pero eso no quiere decir que uno de los dos no esté reconocido en igual derecho en *las leyes individuales que, es adonde se propone y debe llegar la mujer como colaboradora del hombre en los deberes del hogar del trabajo y de la Patria.*

Conceder a la mujer el sufragio para colocarla en la igualdad individual por las facultades que ella posee como congénere del hombre, no quiere decir dar la misión del fuerte al débil; porque la debilidad del hombre consiste en primer término; en la flaqueza de sentimientos que por la pasión obscura del egoísmo erra a cada paso. La fuerza del hombre está en templanza del espíritu en la justicia, en la claridad de ideas en la defensa de los principios del bien general, en la sensible opinión de la buena causa, se siente palpablemente el poder de su buena influencia aplastante contra todos los errores de la debilidad de sentimientos inhumanos.

Señor Argüello: según explica usted, la fuerza bruta es la que vale y perdura sobre la moral, no es la razón moral la que sobrepuja a la brutalidad. Y sabe usted que el buen razonamiento en una expresión bien discernida, de-

PAYASO LITERARIO está anunciado en el número 4.545 del «Diario de Occidente» y literalmente dice así:

Para mis lectores

La obra «Payaso Literario» es mi entusiasmo presente que embarga mi ideal y en quien confío la esperanza del recuerdo de mi vida en las naciones, cuya obra estará pronto en prensa, para gusto de mis amables lectores.

La obra «Inmortal»—«Amores de Loca», es mi ilusión en mil pedazos de feliz ventura, y en ella cifro mi constante amor; por mis lectores que corresponden mi afán literario, inclinación natural que de mí no se separa.

El folleto «Escible» es mi predilección, mi hijo mimado, en quien tengo el más grato regocijo de mi vida literaria—en las proezas de la aventura del sentimiento. En este puntito que dejo aquí, los lectores aplaudirán para estímulo a la mujer salvadoreña que siente, piensa y obra en la práctica del bien general, en mi sensible interés.

El folleto «Aguinaldo a las Naciones», es la visión más horripilante que en la clarividencia he tenido en el año de mil novecientos doce, en cuya visión Dios me sorprende en su rayo de sabiduría de quien soy esclava. La visión que aludo, no es más que el anticipado reflejo de los grandes acontecimientos del mun-

do, que, en sentido alegórico, vi suceder. El escandaloso movimiento inhumano de la guerra de Europa que poco después se desarrolló. Este folleto es mi admiración, confieso ante todos mis lectores.

El folleto «Cuartillas a Cenrao-América» exclusivo a los Presidentes de los Estados de Centro-América. Es el problema de mis luchas nacionales por la aspiración de realizar la solidaridad que constituye la soberanía de los hijos de Centro América. Mis declaraciones de amor nacional se abrieron campo desde el año 1913. Este recuerdo es la mejor alegría de mi vida. Los lectores perdenarán si les ofende la firmeza de mi amor, por lo que deben quererme y así queda satisfecha su humilde autora

Prudencia Ayala.

Santa Ana, abril de 1926.

ADICCIÓN

LA GRATITUD:

Del alto empirio afable descendió,
De nítidos fulgores ataviada,
La verdadera gratitud, sagrada,
Que en el humano pecho se albergó.
Jamás indiferente se mostró
A la bondad sincera y acendrada,
Y, ante las aras del favor, postrada
Profunda adoración le tributó

Ella es el premio, el galardón eterno,
Del alma grande y noble corazón.
Es el risueño ceñillito tierno,
Que halaga la benigna protección.
Ella es en fin, el exímio tesoro
Que el justo estima mucho más que el oro.

MIGUEL ESTUPINIÁN'

Santa Ana, julio de 1919.

A LOS CIUDADANOS CENTROAMERICANOS

Atended las instrucciones de la obrera
que lucha con tezón,
Por unir los hermanos de la América,
sin lucha de cañón.
Los pueblos que dormían en la inercia
ya despertarán,
Para subir la escala del progreso
dó todos gozarán.
Pues los pueblos que estaban oprimidos
se libertarán.
Ya no más se oirán tristes gemidos,
del valiente Morazán.

PRUDENCIA AALA.

Santa Ana, 28 de febrero de 1928.

SEÑORITA G. MARGARITA
GUTIERREZ M.

SANTA ANA.

MARGARITA:

Brota incesante
de la gran Providencia
que sostiene a natura,
el amor que fecunda
en el fondo del ser
que nació para amarte,
y por eso te canto
a la orilla de una fuente
de abundantes burbujas
de agua transparente.
Margarita: del jardín
de mi musa silvestre
te obsequio esta flor.

LA AUTORA.

San Salvador, agosto de 1927.



